

El sesgo de la razón: de lo instrumental a lo digital

Catalina León Pesántez

Resumen

La reflexión sobre la manera de re-presentar un momento histórico nos conduce a relacionar el o los “acontecimientos” que figuran como su característica; a ubicar un lugar para señalar un antes y un después *de*; a delimitar la cesura en la continuidad temporal, a través de la evidencia que deviene en determinante por su capacidad performativa.

En la actualidad, la conexión entre poder y digitalización genera –probablemente– otro registro de escritura, cuyo entramado ha dejado de fundamentarse en la racionalidad instrumental, para encarnarse en otra, cuyas características no están expresadas en la racionalidad referencial o en una lógica de la coincidencia entre la re-presentación y lo representado, sino en otra que no apela al referente físico para su existencia.

Palabras clave: Razón instrumental, razón digital.

Introducción

La elaboración de re-presentaciones como modernidad, humanismo y razón, no solo generaron expectativas históricas sino se constituyeron en experiencias modernas, cuyas consecuencias se evidenciaron y se escondieron en los pliegues sociales de las prácticas colectivas e individuales; o devinieron en evanescencias dada la configuración de otras maneras de existir, como la constitución y reconstitución de hábitos de consumo, surgimiento de demandas corporales, profesionales, tecnológicas, educativas, científicas, entre otras, que produjeron “nuevas” sensibilidades.

Las re-presentaciones simbólicas de la modernidad se dotaron de un contenido relacionado con la intención de construir una historia racional, cuya concreción sería el progreso, la solidaridad, la ciencia y la tecnología al servicio de la sociedad; sin embargo, no tardaron en mostrar su vinculación con el proceso de modernización del capital, transformando a la razón en su instrumento.

El humanismo se constituyó en fundamento de dominio de la Naturaleza, en pos de salir de la barbarie; por ello impuso una forma de racionalidad sujeta a los “avances” de la técnica, en oposición a la racionalidad mágica. Se trata del triunfo de la productividad tecnológica que se apropió de la Naturaleza, por medio de la razón matemática, para justificar el poder del sujeto como centro de las relaciones sociales y del conocimiento. Razón y productividad se entrelazan en la *hybris* de la modernidad como salvadora de la escasez humana.

El propósito de la modernidad ilustrada fue dominar –científicamente– la naturaleza y los impulsos humanos, para responder al ideal de objetividad que demandó. De esta manera, la Ilustración redujo al sujeto a un ente de dominio, en cuya praxis se articuló una subjetividad objetivada y una objetividad subjetivada, en donde lo principal fue generar la idea de sistema, unidad, estructura, repetición.

El dominio sobre la naturaleza le llevó al sujeto a convencerse de su autosuficiencia, independencia y prepotencia “sobre todos los elementos (de la simple naturaleza humanizada, sea del cuerpo individual o del territorio común, al más elaborado de los instrumentos y comportamientos), sobre todas las funciones (de la más material, procreativa o productiva, a la más espiritual, política o estética) y sobre todas las dimensiones (de la más rutinaria y automática a la más extraordinaria y creativa) del mismo”.¹

La construcción de un mundo humanista en el horizonte de la modernidad del capital, implicó el desarrollo de un racionalismo tecnológico que redujo la razón a una práctica tecnicista y utilitaria, cuyo horizonte de sentido no fue otro que el de la calculabilidad, planificación, proyección, reducción, previsión, deducción de tendencias, disponibilidad y rendimiento de la realidad. Es decir, la concepción del mundo humanista-moderno desarrolló una visión técnica de la realidad, en donde ésta fue considerada como un objeto disponible

¹ Bolívar Echeverría, *Bolívar Echeverría. Ensayos Políticos*, Quito, Ministerio de Coordinación de la Política y Gobiernos Autónomos Descentralizados, 2011, p.122.

para ser explotado; de esta manera, se ocultó cualquier otra forma de relación que los sujetos podrían tener, y se anuló cualquier otro sentido que podría generar.

Hacia el entramado de la razón digital

Desde ciertas miradas, remitirse a una época implica relacionarse con el o los “acontecimientos” que marcan su característica; ubicarse en un lugar para señalar un antes y un después *de*; delimitar la cesura en la continuidad temporal, a través de la evidencia que deviene en decisiva, porque su poder performativo “ha signado una época”. Un acontecimiento que no lo hiciera, esto es, que no produjera un cambio en las concepciones del mundo y de la vida, en los valores, en las maneras de ser y existir, en las formas de producción, no sería tal. Sin embargo, pueden existir algunos que, sin generar estos cambios ostentosos, al colocarlos en escena se transforman en conmemoraciones celebrativas.

Las perspectivas de la filosofía contemporánea señalan el hecho de que no existe coincidencia entre acontecimiento y temporalidad, lo que provoca una ausencia de testimonio; esta no contemporaneidad entre hecho y su tiempo de duración hace que no podamos aseverar que hoy estamos ante una época del testigo; pues, el acontecimiento se presenta tanto para el (los) actor como para el (los) espectador, en varios tiempos, por la fractura a la que está sometido. Aún más, para ciertos filósofos, el acontecimiento sucede pre-cedido de su espectro, razón por la que se plantea la hipótesis de que nuestra era, “mucho más que una época, abierta por la guerra de trincheras y sus soldados “desconocidos”, los genocidas de los totalitarismos, los bombardeos masivos de ciudades y las políticas terroristas de Estados puede ser llamada ‘de la desaparición’”.² ¿Cómo entender el acontecimiento de la desaparición y cómo explicar la ausencia de testigo? ¿Cómo descifrar el hecho de que se transmita “en directo” el bombardeo atómico? ¿Qué es lo que ha desaparecido?

Probablemente, es la historia del acontecimiento porque ha salido de la esfera de lo real para ser lanzado al hiperespacio; pues, “cada hecho, político, histórico, cultural, está dotado de una energía cinética que lo desgaja de su propio espacio y lo propulsa a un

² Jean-Louis Déotte, *La época de los aparatos*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, editora, 2013, p.32.

hiperespacio donde pierde todo su sentido, puesto que jamás regresará de allí”.³ La escisión del tiempo del acontecimiento provoca una ruptura con el orden referencial de la realidad, y se dota de una velocidad de no retorno que lo distancia irremediabilmente de su “historia”. Y, quizá, temerosamente, haya que pensar en la fuga del testigo hacia el dispositivo electrónico, lugar de inscripción de la memoria; de tal manera que el acontecimiento reposa no en la memoria individual y colectiva sino en el archivo virtual de los aparatos digitales.

El concepto filosófico de los “inmateriales”,⁴ propuesto por Jean François Lyotard, podría constituirse en la re-presentación de esta otra época, referida al predominio de la realidad virtual y de la imagen sobre la palpabilidad “material”. Se trata de un nombre que caracteriza “mucho más que una época porque reconfigura todos los aparatos y los medios de comunicación modernos existentes, al instaurar otra superficie de inscripción de los signos, otra protogeometría que la inaugurada, probablemente, por el Egipto antiguo. Con ellos, la antigua superficie de inscripción caracterizada por la proyección se borra poco a poco”.⁵

Esta situación nos lleva a un momento de tránsito hacia otra forma cultural, como la digitalización; entidad que traspasa y atraviesa todas las identidades históricamente constituidas: las ciencias naturales, las ciencias sociales, las humanidades, los saberes, los niveles de la técnica, el Estado, las clases, las nacionalidades, el género, las etnias, las formas del quehacer político, las edades, las ciudades, el campo, entre otras.

La digitalización deviene en una *mathesis universalis*, cuyo carácter absoluto es otorgado por el mismo sujeto, en tanto se sobrepone a cualquier ruptura que podría ocurrir en lo positivamente dado. Se trata, de otro código de inscripción universal, cuyos límites todavía no se alcanzan a dimensionar, precisamente, porque “más que ninguna otra escritura no mantiene ninguna relación física con su referente. La escritura [...] pone entre paréntesis tanto el destinatario (¿a quién está destinada?), como el significado (¿qué es lo que está

³ Jean Baudrillard, *La ilusión del fin o huelga de los acontecimientos*, Barcelona, Anagrama, 1997, p.10.

⁴ Jean François Lyotard, organizó una exposición en el Centro Georges Pompidou, para mostrar el ocaso de una forma cultural como la modernidad y la constitución de otra, articulada en los aparatos digitales, y fundamentada en otro tipo de relaciones sociales, las mismas que van configurando otra racionalidad: la de los aparatos. “Los inmateriales”, Periódico *El País*, Madrid, 17 de mayo de 1985.

⁵ Jean-Louis Déotte, *La época de los aparatos, Op., Cit.*, p. 35.

dicho?) y, finalmente, el referente (¿cuál es el objeto enfocado?)”.⁶ El sesgo del nuevo registro de inscripción está, por un lado, hacia un tipo de relaciones sociales “inmateriales”; y, por otro, hacia aparatos multifuncionales, simultáneamente sincronizados para programar y ejecutar varias operaciones.

Podríamos decir que, en la actualidad, las relaciones entre “poder” y “digitalización”, discordantes –en apariencia–, constituyen el entramado de la “nueva” racionalidad y racionalización de las relaciones sociales, en cuyo quehacer se encuentran nociones como archivo, imagen, redes, nodo, demo, conexión, aparatos, soporte, entre otras, cuyo desarrollo se genera en el movimiento de una “simbología lógica” que no apela al referente físico para su existencia. El poder del saber, hoy, no es otro que el de saber digitalizar; lo que nos conduce al tecnicismo de la razón o a la asimilación de una razón digitalizada, cuyo horizonte de sentido no es otro que la producción de su propia lógica, anclada en la reproducción de los aparatos.

Estamos en un momento en el cual los efectos de la digitalización son impredecibles; de ahí que, nombrar o caracterizar esta época se vuelve una tarea compleja; pues, no es suficiente apelar al tiempo del imperialismo, de la globalización, de la modernización del capital, de los socialismos modernizados, de los genocidios culturales, de los esencialismos religiosos, de la adiaforización de las acciones humanas, de las relaciones sociales digitalizadas, de la transparencia de los derechos humanos, de las democracias participativas, de la innovación tecnológica; al cualificarla ¿qué es lo que se pone en suspenso o entre paréntesis? Probablemente, no la relación con el mundo sensible exterior sino el vínculo alienante que los sujetos construyen consigo mismo. No cabe duda, nombrar una época es complejizar la actividad de los sujetos en las historias.

Para ciertas filosofías este es el punto de colisión entre concepciones que celebran el acontecimiento como re-presentación de una época, y otras que al tratar de superar toda filosofía de la conciencia, nos enfrentan a otra, la signada como “la época de los aparatos”, anclada no en los límites de una razón instrumental sino encarnada en la impalpabilidad de una razón que cada vez pierde su referente; se trata de una razón sin referencialidad, de un

⁶ *Ibíd.*, p. 36.

“pensamiento radical” –según Baudrillard– que no anula lo real, sino que lo concibe como indeterminable: “Mientras que el pensamiento dialéctico, el pensamiento crítico forman parte del ámbito de las referencias intercambiables, el pensamiento radical se sitúa en la zona de la referencia imposible, de la inequivalencia, de lo ininteligible, de lo indeterminable”.⁷

Parecería que la crisis de la cultura de la modernidad, ocasionada por la “muerte del sujeto” moderno, nos ha conducido a ensayar otro tipo de re-presentación, ubicada no necesariamente en la centralidad del sujeto ni en un punto x de una historia sin sujeto, sino en lo que de él puede derivar o en los “residuos” ubicados en un archivo digital. Parecería que los “inmateriales” nos presentan otra forma de re-presentar la temporalidad, situada en lo que pueden provocar los aparatos. De esta manera, “la especificidad de los aparatos es la de emanciparnos de la adhesión originaria al cuerpo y a los lugares. Los aparatos suspenden, desarraigan, arrancan, deslocalizan, desplazan con violencia los cuerpos. Los aparatos no se enfrentan en el terreno “ontológico”, en el sentido en el que algunos serían más realistas que otros, sino en el de la emancipación y la complejización de las invenciones de temporalidad”.⁸

Desde esta perspectiva, el acontecimiento se torna en un no lugar de la representación; al contrario, su temporalidad se genera en la ruptura de aparato contra aparato. Así, “una nueva temporalidad surge contra una antigua, tan bien anclada que podría haberse tomado por una temporalidad “natural”, si eso tuviera algún sentido”.⁹ Sin embargo, la cámara fotográfica, la imprenta, el teléfono, entre otros, no puede prescindir de un constructor que concreta una forma racional diseñada para su propia gratificación, y para la ejecución de políticas tendientes a gobernar los cuerpos y las mentes de sus subordinados.

Al decir de Giorgio Agamben, en el poder político, “en el que curiosamente convergen tanto el paradigma liberal como el intervencionista, las democracias occidentales se preparan para organizar el archivo de ADN de todos los ciudadanos, tanto con una finalidad de seguridad y de represión del crimen como de gestión de la salud pública”.¹⁰

⁷ Jean Baudrillard, *El paroxista indiferente*, Barcelona, Anagrama, S.A., 1998, p.59.

⁸ Jean-Louis Déotte, *La época de los aparatos*, *Op. Cit.*, p.52.

⁹ *Ibid.*, p.52.

¹⁰ Giorgio Agamben, *Desnudez*, Barcelona, Anagrama, S.A., 2011, p.69.

Lamentablemente, al parecer, estamos condenados al círculo hermenéutico que comienza y termina en los sujetos y sus determinaciones.

De la “esencia” de la técnica a los “inmateriales”

Cuando Martín Heidegger aborda la pregunta por la técnica, lo hace en el contexto de la problemática conceptualización de la esencia y de la verdad del ser; con ello, pretende superar la visión instrumentalista y antropológica que de ella se ha construido. Esta pretensión le llevó a considerarla como el destino del ser: “[...] la esencia de la técnica no es nada humano –por tanto, no consiste en un mero instrumento, hecho y manejado a su antojo por el hombre– sino, una manera de destinarse el ser al hombre”.¹¹ El ser se dona o se manifiesta al hombre actual en la técnica moderna; esto implica que es un ser destinado por el ser; de ahí que, el hombre devela o vela lo que hay en el ser, de una manera técnica.

Si bien, el posicionamiento de la técnica en relación con el ser, le conduce al filósofo alemán a una visión no instrumentalista*, en el sentido de que ella no es solo un artefacto de transformación e imposición sobre la realidad; y, filosóficamente pensada es un develar, un des-ocultamiento, un descubrir el ser, a través de la calculabilidad, rendimiento y utilidad. Este es el momento de inflexión, en tanto ella deviene en un peligro, en el sentido de que el sujeto se instrumentaliza a sí mismo, y naturaliza la innovación tecnológica. Sin embargo, no menos cierto es que la esencia de la técnica abordada por Heidegger nos conduce al camino de una metafísica histórica que complica la re-presentación histórica del ser, porque el sujeto no es un animal de trabajo –al decir del filósofo alemán– sino el que custodia el ser y la esencia de la verdad.

La esencia de la técnica al convertirse en la única manera de develar o des-ocultar el ser, genera su opuesto: la exclusión de la dimensión humana identificada con el hecho de custodiar la esencia del ser y de la verdad. Ante esta situación, Heidegger apela a la idea del

¹¹ Jorge Acevedo, “Introducción a la Pregunta por la Técnica”, en Martín Heidegger, *Ciencia y Técnica*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1983, p. 49.

*“La técnica no es, pues, simplemente un medio. La técnica es un modo del desocultar. Si prestamos atención a eso, entonces se nos abriría un ámbito distinto para la esencia de la técnica. Es el ámbito del desocultamiento, esto es, de la verdad”. Martín Heidegger, *Ciencia y Técnica*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1983, p.79.

advenimiento de un nuevo destino, en donde se conjugarían estas dos dimensiones de lo humano. Hoy, esta filosofía –al parecer– se difumina en el cambiante tránsito de la técnica y las tecnologías; y lo que prevalece es la constante figura de la actualidad, cuya manifestación es esa forma de racionalidad digital que construye y de-construye lo real, lo imaginario y lo simbólico, encarnada en complejas redes electrónicas que migran fugazmente al ciberespacio, en una suerte de diáspora digital.

Antes de concluir, deseo enfatizar en la actualidad de la cultura como una práctica ligada al quehacer político. En consecuencia, pienso que esta es una manera de contribuir a la celebración del septuagésimo aniversario de fundación de la Casa de la Cultura Ecuatoriana y de su *Revista Letras del Ecuador*, cuyo primer número apareció el 1 de abril de 1945. En esta entrega inicial, su director, Benjamín Carrión, posiciona con claridad a la cultura y al intelectual en relación con la lucha por la paz y la justicia entre los seres humanos. Su consigna “un mundo mejor, por la vida”, expresa la necesidad de una política cultural que debe asumir el reto de propiciar otros valores que contribuyan a generar una “nueva” estética de lo humano.

BIBLIOGRAFÍA

- Acevedo, Jorge, “Introducción a la Pregunta por la Técnica”, en Martín Heidegger, *Ciencia y Técnica*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1983.
- Agamben, Giorgio, *Desnudez*, Barcelona, Anagrama, S.A., 2011.
- Baudrillard, Jean, *El paroxista indiferente*, Barcelona, Anagrama, S.A., 1998.
- _____, Jean, *La ilusión del fin o huelga de los acontecimientos*, Barcelona, Anagrama, 1997.
- Déotte, Jean-Louis, *La época de los aparatos*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, editora, 2013.
- Echeverría, Bolívar, *Bolívar Echeverría. Ensayos Políticos*, Quito, Ministerio de Coordinación de la Política y Gobiernos Autónomos Descentralizados, 2011, p.122.
- Heidegger, Martín, *Ciencia y Técnica*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1983.
- Lyotard, Jean François, “Los inmateriales”, Madrid, Periódico *El País*, 17 de mayo de 1985.
- _____, Jean François, *Lo inhumano. Charlas sobre el tiempo*, Buenos Aires, Manantial SRL, 1998.